

lenguaje es la historia de un procedimiento de abreviaturas; y de esta rápida comprensividad se origina la unión cada vez más íntima. Cuanto mayor es el peligro, tanto mayor es la necesidad de andar de acuerdo; entenderse en el peligro es lo que los hombres tratan de obtener en sus relaciones mutuas. Aun en la amistad y en el amor pueden hacerse tales experiencias; y ninguna relación puede ser durable si el uno de los dos advierte que el efecto de unas mismas palabras en el otro, no es lo que él siente, cree, prevé, desea y teme.

(El temor de no entenderse nunca, es el genio benéfico que impide muchas veces á las personas de diferente sexo el unirse desconsideradamente, por más que los sentidos y el corazón se lo sugiera. Pero no el «genio de la especie» de Schopenhauer.)

Cuáles grupos de sensación se despierten los primeros en un alma, se hagan sentir y predominen; he aquí lo que decide toda la jerarquía de sus valores; he aquí lo que determina su bondad. Las apreciaciones morales del individuo revelan la estructura de su alma, sus condiciones vitales, su propia miseria.

Ahora bien; si se admite que desde que el mundo es mundo, la necesidad aproximó á los individuos que con signos semejantes sabían indicar necesidades y acontecimientos semejantes, resulta que la fácil comunicabilidad de la necesidad, es decir, la repetición de acontecimientos vulgares y comunes, fué siempre la fuerza más poderosa de cuantas han influido en el hombre.

Los individuos que más se asemejan entre sí y que son más ordinarios, estuvieron y estarán siempre en mejores condiciones que los individuos selectos, delicados, singulares, que son más difíciles de ser com-

prendidos, y que frecuentemente se aíslan, y que fácilmente son víctima de cualquier accidente y difícilmente se propagan. Es necesario apelar á fuerzas desmesuradamente potentes, para oponerse con éxito á este natural «*progressus in simile*», que es la degeneración del hombre en lo semejante, en lo común, en lo mediocre, en el animal de rebaño, en lo vulgar.

269. Un psicólogo de vocación, un adivinador de almas, cuanto más se da al estudio de los casos raros y de los hombres selectos, tanto más crece en él el peligro de ser sofocado por su misma compasión: necesitaría mayor insensibilidad y buen humor que los demás hombres.

La corrupción, la ruina de los hombres más elevados, es la regla: terrible cosa es tener siempre delante de los ojos semejante regla. El múltiple martirio del psicólogo que ha descubierto un tal *currere in perditionem*, una tal «incurabilidad» del hombre superior y eterno «demasiado tarde» de toda la historia, este atroz martirio puede ser causa de que el psicólogo se revuelva desesperado contra la propia suerte y llegue hasta la tentativa de destruirse á sí mismo, de precipitarse él también en su perdición. En la mayor parte de los psicólogos se encuentra la propensión de ocuparse en individuos vulgares y regulares: con esto revelan su necesidad de curación, su necesidad de huir, de olvidar, de alejar todo aquello que las «vivisecciones» de su profesión dejaron impreso en su conciencia: tienen miedo de la propia memoria. Ante los juicios de los demás hombres, el psicólogo obedece y escucha con semblante impasible, como quien está venerando, admirando, amando y transfigurando lo que *él ha visto*, ó bien esconde su silencio y aprueba cualquier opinión

superficial. Quizá la paradoja del estado en que se halla, llega hasta el horrible punto de sentir gran piedad y gran desprecio allí donde el vulgo, las personas cultas y los sentimentalistas manifiestan gran veneración por los «grandes hombres», por los animales portentosos, en virtud de los cuales se bendice y se ama la patria, la tierra y la dignidad humana, presentándolos á los jóvenes para que les sirvan de modelo...

¡Y quien sabe si en todos los casos importantes no habrá ocurrido siempre lo mismo! ¡Quien sabe si los dioses de la multitud y de la historia habrán sido las primeras víctimas de sus sacrificios!

El éxito siempre fué gran embustero, y toda «obra» significa un éxito; el gran estadista, el conquistador, el descubridor, son irrecognoscibles, bajo el manto de sus creaciones; la «obra» del artista ó del filósofo, es la que inventa la imagen de su creador; los «hombres grandes» son pequeños y malos poemas fabricados después; en el mundo de los valores históricos *dominan* los monederos falsos.

Algunos grandes poetas, como Byron, Musset, Poe, Leopardi, Kleist, Gogol (no menciono á los más grandes, pero pienso en ellos), tales como son, y quizá como deben ser, hombres del momento, entusiastas, sensuales, cándidos como niños, descuidados, súbitos en la confianza y en la desconfianza, con almas que esconden su herida, con alguna mancha interna que quieren vengar en sus obras, cerniéndose en sublime vuelo, para librarse de una memoria demasiado fiel; hombres quizá extraviados en el fango y enamorados del fango hasta parecer fuegos fatuos que quieren darse por estrellas—el pueblo los llama idealistas;—hombres que luchan con una larga náusea, con el espectro del escepticismo, que los hace fríos y los obliga á ir anhelan-

tes en pos de la «gloria» y á beber la «fe en sí mismos» en las copas de ebrios aduladores; estos artistas, y, en general, todos los hombres grandes, ¡qué martirio son para quien llega á adivinarlos! Y se comprende bien cómo la mujer, que ve más claro en el mundo de los dolores, los compadece con piedad ilimitada que el mundo no sabe comprender é interpreta de una manera egoísta. Esta piedad se engaña ordinariamente acerca de sus propias fuerzas: la mujer quiere hacerse creer que el amor todo lo puede, éste es su prejuicio. Pero ¡ah, los filósofos del corazón saben cuán pobre, cuán perplejo, presuntuoso y apto para engañar y para destruir es el amor más profundo!

Es posible que la santa leyenda de la vida de Jesús sea uno de los casos más dolorosos del martirio que produce la ciencia del amor: el martirio de un corazón purísimo y ardiente que no se sentía satisfecho con ningún amor humano, y que siempre pedía ser más amado, y que lo pedía ardientemente, locamente, con terribles imprecaciones contra los que le negaban amor; la historia de un pobre sediento que no puede apagar su sed, y que imagina un infierno donde precipitar á los que no le aman, y que finalmente, habiendo alcanzado la *ciencia* del amor humano, hubo de imaginar un Dios todo amor, todo potencia de amor, el cual tiene compasión del amor humano, porque es un amor tan mezquino, tan ignorante. Quien de tal modo siente y conoce el amor, va en busca de la muerte. Pero ¿á qué ocuparnos en cosas tan dolorosas? si no nos viéramos obligados...

270. El orgullo espiritual y la náusea de todo hombre que ha sufrido mucho (la *potencia* de sufrir determina el rango), la horrible certidumbre que le

impregna, de saber, en virtud de sus dolores, mucho más que todos los sabios, y de conocer mundos remotos y horribles que él, y sólo él, vió en amarga experiencia; este orgullo espiritual y mudo de quien sufre; esta soberbia del conocedor, del iniciado, de la víctima, cree necesario disfrazarse bajo todas las formas y alejarse de las manos indiscretamente piadosas, y en general, de todo lo que no iguala á su dolor. Los profundos sufrimientos hacen aristocrático al hombre y le distinguen de los demás. Una de las formas más finas del epicureísmo es cierta independencia del gusto, la cual toma el dolor á la ligera y se rebela fieramente contra todo lo que es triste y profundo. Son hombres serenamente *jucundi*, que *quieren* ser mal comprendidos. Son «hombres científicos» que se valen de la ciencia, porque ésta les da un aspecto alegre y sereno, y, además, porque la ciencia acredita de superficial á quien se dedica á ella: *quieren* inducir al mundo á una conclusión falsa. Y hay espíritus libres é impudentes, que querrian ocultar y negar su corazón roto y destrozado (el cinismo de Hamlet, el caso Galiani) y tal vez esta locura sirve de máscara á una sabiduría fatal y demasiado certera. De donde resulta, que un humanismo delicado, debe respetar la «máscara» y no hacer psicología curiosa é impertinente.

271. Lo que más profundamente separa á dos hombres, es la diferencia de grado en el sentimiento de la pureza. Un sentimiento elevado de la pureza pone al hombre en la soledad más singular y peligrosa, como si fuese un santo; porque esto precisamente es la santa, la más santa espiritualización de dicho instinto. La indecible felicidad de un baño purificador, un ardiente deseo, una sed inextinguible, que incesantemente in-

citan al alma á salir de las tinieblas á la luz del sol, de los abismos de la tristeza, á la serenidad y esplendor de todo lo que es profundo y delicado, así como una tal inclinación *distingue*, porque es aristocrática, así también *separa*. La compasión del santo es la compasión por la impureza de lo «humano, demasiado humano». Y aún hay alturas desde las cuales, la compasión de sí mismo es mirada como una cosa impura, inmundada.

272. Son indicios de una naturaleza aristocrática; no envilecer jamás nuestros deberes, creyendo que sean deberes de todos; no renunciar jamás á la propia responsabilidad ni echar á otros la culpa; contar en el número de los deberes propios los privilegios y su ejercicio.

273. Un hombre que aspira á grandes cosas, considera á quien encuentra en el camino como un medio ó como un obstáculo ó impedimento—ó tal vez como descanso. La bondad para con los prójimos no le es posible sino en la altura y en el dominio.

La impaciencia, y el saber que hasta llegar á esta altura está condenado á una eterna comedia—porque la misma lucha es una comedia y una máscara—le hacen insoportables las relaciones sociales. Tal hombre conoce profundamente la soledad y todo su veneno.

274. *El problema de quien aguarda.*—Feliz es el hombre que realiza en tiempo oportuno la solución del problema que en él dormitaba, y por fin logra *desfogarse*. En la mayor parte de los casos esto no sucede: hay en todo lugar de la tierra hombres que aguardan y que no saben por qué aguardan ni saben que aguardan.

dan en vano. A veces el grito que los despierta, llega demasiado tarde: el accidente que les permite obrar, sobreviene cuando la mejor juventud y sus facultades quedaron destruidas por larga inercia: ¡y cuántos vieron con terror, al levantar el pie, que sus miembros estaban paralizados y su espíritu pesado! «*Demasiado tarde*»—se dijeron á sí mismos, como quien ha perdido la fe en sí mismo y ha quedado inútil para siempre.—Pero en el reino del genio, el «*Rafael sin manos*» ¿no sería la regla en lugar de la excepción?—el genio quizá no es tan raro como se cree; lo que hay es que son raras las *quinientas manos* que se necesitan para agarrar el *καίρος*, el momento oportuno—para coger la ocasión por los cabellos!

275. El que no *quiere* ver lo que hay de más elevado en el hombre, busca con mirada penetrante lo que hay en él de más bajo y superficial, y con esto revela su propio ser.

276. Siempre las almas más rudas y bajas están en mejor condición que las aristocráticas: los peligros de éstas deben ser mayores, la probabilidad de que se pierdan y arruinen es inmensa por lo mismo que son tan múltiples sus condiciones vitales.—El lagarto si pierde un pié, lo repone; pero no así el hombre.

277. ¡Qué fastidio! ¡Siempre la antigua historia! Cuando uno concluye de edificar su casa, siempre advierte haber aprendido algo, que era mejor lo hubiese conocido antes de ponerse á edificar. ¡Siempre el funesto «*demasiado tarde*!»—la melancolía de toda cosa concluida.

278. —Viajero, ¿quién eres? Te veo andar por tu camino, sin burla, sin amor, con ojos indecisos, húmedos y tristes, como una ronda que sale descontenta del abismo á la luz:—¿qué buscabas?—tu pecho no palpita, tu labio disimula la náusea, tu mano está debil: ¿quién eres? ¿qué has hecho? Descansa aquí: este es un sitio hospitalario: ¡restáurate! Y quien quiera que seas, ¿qué quieres en este momento? ¿Qué cosa te podría restaurar? Dímelo: ¡te daré lo que tengo!—¿Restaurar? ¿Restaurar?—¡Oh, ser estimulado por la curiosidad, qué dices!—¡Dame! te ruego.—¿Qué? ¿qué cosa? ¡Dilo!—¡Otra máscara! ¡Dame otra máscara!

279. Los hombres que han conocido la profundidad de la tristeza, no saben ocultar su felicidad; se los conoce en que quieren conservarla, encerrarla por celos—¡porque saben ¡ay! cuán pronto huirá!

280. —¡Mal! ¡Mal! ¿No retrocede?—¡Sí! Retrocede como el que va á dar un gran salto.

281. ¿Y se me creará? Pero yo exijo que se me crea: siempre he pensado tan poco en mí mismo, y en casos raros, y por necesidad, y sin gran entusiasmo y siempre dispuesto á alejar de mí el pensamiento, sin fé en el resultado, con invencible desconfianza contra la posibilidad de la conciencia, hasta el punto de creer que en el concepto «*conciencia inmediata*» hay una *contradictio in adjecto*:—esto es lo que yo sé más de cierto acerca de mí.—¿Quizá se oculta en esto un enigma? Es probable, pero afortunadamente no está para mis dientes.—¿Quizá revela mi carácter? A mí no me lo revela, y me alegro.